

Manchas de la culpa infame.
 Dadme, divina Señora,
 Auxilios de vuestra gracia,
 Que así podré victoriosa
 Vencer los tres enemigos
 Que me inquietan y alborotan,
 Y salir de este destierro
 Y coronarme en la gloria.—
 Esto dijo, y luego al punto
 Entró en el templo animosa,
 En donde la dejarémos,
 Entre penas y congojas,
 Que en otra parte os prometo
 Finalizar esta historia.

(Vida de la Mujer fuerte, etc. Pliego suelto.)

1508.

VIDA DE LA MUJER FUERTE, SANTA MARÍA EGIPCIACA. — II.

(Anónimo.)

Ya dejámos á María
 Egipciaca-vuelta en otra
 Magdalena, arrepentida
 De sus culpas, á la aurora
 Del sol de justicia Cristo
 Rindiéndole afectuosas
 Gracias por haberle dado
 Luz, que sus yerros conozca,
 Y con fina devoción
 A la santa Cruz adora,
 Patibulo donde Cristo
 Padedió muerte afrentosa.
 Confesó todos sus yerros
 Con contrición fervorosa,
 Recibiendo el pan divino,
 Manjar que al alma conforta,
 Dando alabanzas á Dios,
 Por haberle hecho tal honra,
 Suplicándole rendida
 Le inspire donde celosa
 Mas bien le pueda servir
 Fina, amante y amorosa;
 Y al punto escuchó unas voces,
 Signos dulces de la gloria,
 Que le dicen: — El Jordan
 Será tu morada sola.—
 Obedeció luego al punto
 Con diligencia muy pronta,
 Y al salir de la ciudad
 Le dió un hombre de limosna
 Para tres panes, los cuales
 Le duraron (! rara cosa!)
 Diez y siete años cabales,
 Y se pusieron de forma
 Que para haber de comerlos
 Sus lágrimas lo remojan.
 En este tiempo paró
 Tentaciones rigorosas
 Por los mismos que pecó,
 Trayéndole á la memoria
 Los gustos y los regalos
 De sus galanes y joyas,
 De los bailes y embriagueces,
 Y las palabras viciosas.
 Mas pasado aqueste tiempo
 De tantos años, dejóla
 El enemigo Satan,
 Gastando todas las horas
 En santa contemplación,
 Disciplinas rigorosas:
 Bebia y comía al día
 Agua y yerba una vez sola.
 Por el tiempo de Cuaresma
 Un santo monje, que á solas
 Salía del monasterio
 A hacer penitencia, vióla
 A María en oración,
 Tan seca y tan monstruosa,

Que era su rostro un cadáver,
 Espectaculo que asombra,
 Un horror, pues brazos, piernas,
 Raíces la vista informa
 De árboles ateridos;
 Con que el Santo allí creyóla,
 Por fantástica vision,
 De Leteo infernal sombra.
 Conjuróla; mas María,
 Vuelta del rapto, le informa
 No ser lo que él imagina,
 Sino una gran pecadora;
 Y viéndose tan desnuda,
 A la fuga se acomoda,
 Y él le dice es sacerdote
 Anciano, y de fuerzas cortas,
 Que no se ausente; y responde:
 — Socimas, dame tu ropa,
 Para que yo pueda hablarte.—
 Vuelto de espaldas le arroja
 Su manto, maravillado
 Que por su gracia le nombra;
 Mas viéndose ya cubierta,
 Ante él humilde se postra,
 Y le refiere su vida;
 Y el Santo atento á su nota,
 Da gracias al Criador
 Por la repetida historia.
 Le pide su bendición,
 Y que al otro año disponga
 Traerle los Sacramentos,
 Que há muchos años no logra
 Este divino manjar,
 Y él con lágrimas lo otorga.
 Y sobre la bendición
 Ambos en tierra se postran
 Sobre quién la habia de dar;
 Mas María recibíola
 Del Santo, y á él le bendice,
 Y le dice de esta forma:
 — Socimas, varon prudente,
 El año que viene importa
 Que á la orilla del Jordan
 Te espere yo cuidadosa:
 A tu prelado le avisa
 Que en tu monasterio forma
 Satan una gran cizaña,
 Que el impedirle le importa.
 Queda en paz. — Y él se volvió
 Al monasterio, do informa
 Al abad deste suceso;
 Mas Socimas no reposa,
 Hasta buscar en su nido
 Esta cándida paloma.
 La buscó el siguiente año,
 Y á la otra parte vióla
 Del Jordan, en oración,
 Y despues una cruz forma.
 Recibió el sacro manjar,
 Y en una cesta llevóla
 Unos humildes regalos;
 Pero tres lentejas solas
 Tomó, y dijo: — Esto me basta,
 Y adios, que aquesto me importa —
 El Santo volvió puntual
 El siguiente año, y hallóla
 Difunta en su humilde cueva
 Sobre su infelice ropa.
 Con crecido sentimiento
 Con llanto sus canas moja,
 Dificulta el enterrarla,
 Por ser sus fuerzas muy cortas;
 Mas vido entrar dos leones
 Que con sus garras ahondan
 Una triste sepultura,
 Y el Santo en brazos la toma,
 Poniéndola con decencia;
 Le dan sepultura honrosa
 Los leones, y postrados

Bendición del Santo toman.
 Alegres desaparecen,
 Y Socimas, de allí toma
 Al monasterio, admirado
 Dando á Dios loores y honras
 Por los altos beneficios
 De su mano poderosa.
 Esta es, mi querida Nise,
 La maravillosa historia
 De Santa María Egipciaca,
 De Egipto blason y honra,
 Ejemplo de penitentes
 Y norte de pecadoras.
 Alabemos al Señor,
 Criador de todas las cosas,
 Que por tan raros caminos
 Y sendas tan misteriosas
 Sabe traer á las almas
 Que naufragan en las olas
 Del mar de los torpes vicios,
 Sacándolas victoriosas
 De los crueles embates
 Con que infelices zozobran,
 Colocándolas seguras
 En el puerto de la gloria.
 Mira si puede servirte
 Mi amor firme en otra cosa,
 Que solo en obedecerte
 El alma se halla gustosa.

(Vida de la Mujer fuerte, etc. Pliego suelto.)

1509.

SANTA GENEVEVA, PRINCESA DE BRABANTE. — I.

(Anónimo.)

No canto fingidos hechos,
 Ni invento falsas novelas
 Que en doradas copas brindan
 Estragos á la inocencia:
 Canto solo para dar
 Un diseño, donde vea
 El mundo todo que Dios,
 Amoroso Padre, vela
 Favoreciendo al que sigue
 De sus preceptos la senda.
 Canto la trágica vida
 De una singular princesa,
 Cuyos prodigios agotan
 Los rios de la elocuencia.
 De los duques de Brabante,
 Cuya antigua estirpe regia
 Produce con los laureles
 Enlazadas las diademas,
 Nació un ángel de hermosura,
 De los que naturaleza
 Gasta un siglo en producir,
 Pues en ellos solo ostenta
 Acumular perfecciones
 Que el sexo frágil desmienta.
 Por el agua del bautismo
 Subió á superior esfera,
 Siendo ángel de su alma
 La que en su cuerpo lo era.
 A petición de los Duques,
 Su nombre fué Geneveva,
 Aunque despues el de ángel
 Se mereció por sus prendas.
 Crióse en la tierna edad
 Dando tan sensibles muestras
 De su gracia y su donaire,
 Que todos á competencia
 Admiraban ver unidas,
 En una edad tan tierna,
 Discreción de muchos años,
 Y de pocos la inocencia.
 Apenas empezó á andar,
 Cuando dió muy claras muestras
 Que al retiro y soledad

La destinaba su estrella.
 A este objeto, en un jardín
 Donde Flora y Amaltea
 Empeñaron sus pinceles
 Para ostentar su destreza,
 Halló un sitio retirado
 Entretejido de yerbas.
 Allí formó una capilla
 De mil primores compuesta;
 Despues hizo un altarito,
 Que fué el ara donde empieza
 A ofrecer al Redentor
 Primicias de su inocencia.
 Esta fué su diversion;
 Y á su culto siempre atenta,
 No dió lugar á los juegos
 Que lleva la edad primera.
 Así vivió entretenida,
 Hasta que su fama vuela
 Por el orbe, despertando
 Principes que la pretendan.
 Muchos al Duque su padre,
 Con muy rendidas ofertas,
 La pidieron por esposa;
 Solo pudo merecerla
 El gran conde Palatino
 Sigifredo, cuyas prendas,
 Aun mayores que la fama,
 Compiten con su nobleza.
 Celebráronse las bodas,
 Displicente Geneveva,
 Que amaba mas su retiro,
 Y solo por obediencia
 Trocó en brazos de Himeneo
 El puro esplendor de Vesta.
 Vivieron algunos años
 Disfrutando la riqueza,
 Con que afaible la fortuna
 Les brindaba á manos llenas,
 Hasta que le fué precisa
 A Sigifredo la ausencia,
 Por reprimir el orgullo
 Con que la africana secta
 Intentaba enarbolar
 En la Galia sus banderas.
 No expresaré los suspiros
 Con que sintió Geneveva
 La marcha de su marido
 A tan peligrosa guerra:
 Baste decir que le amaba,
 Que el pecho donde amor reina,
 Mas sabe sufrir la muerte,
 Que tolerar una ausencia.
 Tiene el Conde un mayordomo
 A quien con extremo aprecia,
 Y á este le encarga que cuide
 Con esmero y diligencia
 De su esposa, pues se parte
 Dejando el alma con ella.
 Alegróse el mayordomo,
 Y con traidora reserva
 Ofrece rendido al Conde
 Atender á Geneveva.
 ¡Oh pobre inocente Conde!
 ¡Ojalá no te partieras,
 Pues tienes mayor contrario
 En tu casa, que en la guerra!
 Ausentóse en fin el Conde,
 Quedándose la Condesa
 En cinta de pocos meses,
 Y el mayordomo, que encuentre
 La ocasión que pretendia,
 Soltó á su furor la rienda.
 Primero disimulaba,
 Por no atreverse á la esfera
 De tanto sol, contemplando
 Que son sus alas de cera;
 Mas como nunca el fuego
 Puede ocultar su fuerza,

En muy estudiadas voces
Le declaró á Genoveva
El incendio que ocultaba;
Pero siempre la Princesa
Disimulaba advertida,
Creyendo que á la insolencia
Suele ser freno el desprecio;
Mas se engañó, pues empieza
Sin embozo el mayordomo
A conquistar su pureza,
Hasta tanto que furioso
Un día en su cuarto entra
Con un puñal en la mano,
Diciendo de esta manera:
—Señora, no es atrevido
El que fino amante llega
A explicar aquel incendio
Que por sí se manifiesta:
Yo vivo por tí muriendo,
Y por aliviar mi pena
He resuelto declararme,
Porque es preciso que vea
Logrado el fin de mis ansias,
O que de una vez perezca
A los filos de este acero:
En tus manos, gran Princesa,
Está mi vida ó mi muerte...—
Aun no dejó Genoveva
Que acabara el mayordomo
De declarar su insolencia,
Cuando con un santo enojo
Desató su pura lengua,
Diciendo: — ¡Loco, atrevido!
¿Es esta aquella promesa
Con que ofreciste á mi esposo
Servirme mientras su ausencia?
Véte de aquí, si no quieres,
Indigno de mi presencia,
Que llamando á los criados,
Castiguen tal desvergüenza.
Ausentóse el mayordomo;
Mas como rabiosa fiera,
Intenta viles venganzas
Por ver frustrada su idea;
Y así un día á los criados
Llama con grande reserva,
Y les dice: — Amigos míos,
Ya es preciso que mi lengua
Publique lo que ocultara
Si tan público no fuera.
Sabed, que rotas las leyes
De cristiandad y nobleza,
Vive mal entretenida
La princesa Genoveva,
Con un infame criado,
Hombre de muy baja esfera.
La deshonra es ya notoria,
Y temo que el Conde sepa
Lo que pasa en su palacio
Antes que yo le dé cuenta.
Mi dictámen es que al punto
Este criado se prenda,
Y que en una oculta sala
Pongamos á la Princesa,
Hasta dar aviso al Conde.—
Ejecutó su sentencia
El ingrato mayordomo,
Y envía con diligencia
Un posta, para que al Conde
Del suceso diese cuenta.
Dejemos marchar al posta,
Y vamos á la Condesa.
Apénas se vió encerrada,
Cuando en lágrimas deshecha,
Suspira quejosa al cielo,
Implorando su clemencia.
—¿Qué delito he cometido,
Decía con dulces quejas,
¡Oh Dios! para que así tratéis

A esta humilde esclava vuestra?
Pero si es, Señor, tu gusto
Acrisolarme con penas,
Vengan mas y mas trabajos,
Que ya me doy por contenta
En saber que yo padezco
Porque, tú, mi Dios, lo ordenas.—
Mas creciendo sus fatigas,
Conoció de que se llega
El parto, sin tener nadie
Que pudiese socorrerla;
Y así sola entre suspiros,
Entre sollozos y penas,
Dió á luz un hermoso infante,
Herederero de su estrella,
Pues aun ántes de nacer
Ya tenia la sentencia
De muerte; que el mayordomo,
Por culpar á la inocencia,
Y dar color á su engaño,
Publicó que el niño era
Parto de los torpes lazos
En que estaba la Condesa.
Apénas le vió nacido
Sobre la desnuda tierra,
La triste madre le dice:
—Verdaderamente empezas,
Hijo mio, cuando naces
A padecer la tormenta
En que naufraga tu madre,
Y has de ser en la tragedia
Cómplice de mi infortunio,
Porque así el cielo lo ordena.
Y ya que en tal desamparo
No puedo aliviarte, espera,
Te daré lo que mas vale,
Alistándote en la Iglesia.—
En este devoto empleo
Dejemos á Genoveva,
Y yo en la segunda parte
Daré fin á la tragedia,
De la penitente vida
De esta gloriosa Princesa.

(Santa Genoveva, Pliego suelto.)

4 Véase la nota del romance núm. 1231 que trata de la historia novelesca de Don Claudio y Doña Margarita.

1310.

SANTA GENOVEVA, PRINCESA DE BRABANTE.—II.

(Anónimo.)

Militaba Sigifredo
Contra la tropa agarena,
Dando asuntos á la fama
Y triunfos á sus banderas,
Cuando recibió del posta
Las cartas en que le cuenta
El mayordomo el enredo
Con que culpó á Genoveva.
Apénas las leyó el Conde,
Cuando como cruel fiera,
Saliendo de sí furioso,
Exclamó: — ¡Oh vil Princesa!
¿Así miras por mi honor
Al tiempo que yo en la guerra
Con mi propia sangre añado
Nuevo lustre á tu nobleza?
¿Es posible que así pagues
El amor y la fineza
Con que siempre te he querido?
¿Qué se hizo tu firmeza?
Mas ¿qué es esto que me pasa?
No, no es posible que quepa
Tal desorden en mi esposa,
Mas pura que las estrellas.
Pero ¿cómo no ha de ser,
Si lo dice por mi afrenta

Ese infante, que es aborto
De su torpe incontinencia?
¡Oh tirana, yo te ofrezco
El darte la recompensa
Por tu loco devaneo! —
Así dijo, y con presteza
Escribió y despachó al posta
Con una carta que entrega
Al mayordomo, en que el Conde
Manda que con gran cautela
Al criado den la muerte,
Y que luego á Genoveva
Con el hijo que ha parido
Los retiren á una sierra
Donde les quiten las vidas,
Y que se traigan por seña
De que queda ejecutado
La lengua de la Princesa.
Alegróse el mayordomo
Con estas infaustas nuevas,
Y al punto le dió al criado
Una bebida en que beba,
Sin ser sentida la muerte,
Y manda que á Genoveva
Le avisen que se prepare,
Que está su muerte muy cerca.
Llevarónla la noticia
A esta inocente Princesa,
Y bañada en tierno llanto
Arroja al cielo sus quejas,
Diciendo: — ¡Jesus piadoso!
¿Es justo que la inocencia
Padezca tales rigores
A manos de la insolencia?
Si acaso os he ofendido,
Pague yo sola la pena;
Pero este inocente niño
¿Qué culpa tiene? ¿qué ofensa
Pudo cometer naciendo,
Sino nacer de mí mesma?
¡Ay hijo de mis entrañas,
Que has venido á pasar penas
Por nacer de una infeliz...!
Mas detente, infame lengua,
Que quiero morir gustosa,
Supuesto que así lo ordena
Aquel Dios á quien he dado
De mi amor la mejor prenda.—
Mientras esto, el mayordomo
A dos criados ordena
Que con disimulo saquen
Hacia un bosque á la Princesa
Con su hijo, y que á los dos
Les den la muerte que expresa
En su carta Sigifredo,
Para vengar sus afrentas.
Obedecen los criados,
Y á estos dos corderos llevan
Para ser sacrificados.
Aquí emudece la lengua,
Aquí faltan los sentidos
Y el corazón titubea,
Al oír el dulce llanto,
Los suspiros y las quejas
Con que humilde se despido
De su casa Genoveva.
—Adios, hermanos, decía,
Adios, montes, adios, selvas,
Adios, patria amada mia,
Adios, amigos, que es fuerza
Obedecer á mi esposo;
Llorad tristes mis exequias,
Y sedme fieles testigos
Que mantuve la firmeza
Que á tal esposo debía.—
Con esto llegó á la breña
Destinada para campo
De tan funesta tragedia.
Paráronse los criados,

Y la dicen: — Genoveva,
Como mandados venimos
A ejecutar la sentencia
Que manda el Conde tu esposo,
Y así es preciso que muera
Este niño, y luego tú
La misma suerte padezcas.—
Dijeron; y al dar el golpe
En aquella planta tierna,
Los dijo la triste madre:
—Detened, si no sois fieras,
Ese golpe; en mi primero
Ese agudo acero hiera,
Y no queráis que una triste
Duplicada muerte tenga
Viendo morir á su hijo.—
Mas por alta Providencia
Los criados se conduelen,
Y entre sí mismos conciertan
Dejar vivos á los dos
En aquella oculta sierra.
Así lo hicieron, llevando
Al mayordomo la lengua
De un perro, con que ocultaron
Su compasiva clemencia.
Quedáronse madre é hijo
En la intrincada maleza
De aquel monte, sin tener
Mas abrigo que las peñas,
Mas amparo que el del cielo,
Ni mas compañía que fieras.
Anduvieron algun poco
Al eco de una risueña
Fuente, que los convidaba
Con sus cristalinas perlas.
Se acercó la triste madre,
Y reparó que allí cerca
Se ocultaba entre unas ramas
Una retirada cueva.
Alegróse por hallar
Algun sitio donde pueda
Reclinar al tierno infante,
Seguro de tantas fieras.
Levantó al cielo los ojos,
Y agradece con fineza
Encontrar algun amparo
Contra tantas inclemencias.
En este tiempo repara
Que por la celeste esfera
Bajó un ángel que en sus manos
Trae la imagen perfecta
De Jesus crucificado,
Y llegándose á la cueva,
La dice en dulces palabras:
—Ea, amada Genoveva,
Por mas penas que te sigan,
Por mas trabajos que tengas,
Los endulzará Jesus
Con la sangre de sus venas:
En él hallarás alivio;
Veslo aquí, lo dejo en prendas
De que no te desampara:
Vive en Dios, con él te queda.—
Desapareciendo el ángel,
Quedó la santa Princesa
Tan alentada, que todos
Los trabajos é inclemencias
Los llevaba con mas gusto
Que el que gozó en su grandeza.
Así pasó algunos dias
Manteniéndose con yerbas,
Con que llegó á tal estado,
Que perdida la belleza
De su rostro, aun no era sombra
De su antigua gentileza;
Pero lo que mas la aflige
Es que la mucha abstinencia
La debilita, de modo
Que falta á sus pechos néctar

Con que mantener al niño
Que con llantos y con señas.
La pedia de mamar;
Y acudiendo á la clemencia
De Cristo crucificado,
Reparó que hacía la cueva
Se venia presurosa
Una muy hermosa cierva,
Y que acercándose al niño
Le dió á mamar halagüeña.
Con este raro prodigio
Se consoló Genoveva,
Y mas viendo que dos veces
En cada dia la cierva
Daba de mamar al niño.
Dejemos á la Princesa,
Y vamos á Sigifredo,
Que concluida la guerra
Se volvía á su palacio,
Sin apartar de su idea
La muerte que mandó dar
A su amada Genoveva.
Andaba siempre confuso
Culpando su lijereza
En mandar quitar la vida
Sin examinar las pruebas.
Los amigos le acompañan
Y piden que se divierta.
A este fin dispuso un dia
Irse á un bosque, donde pueda
Divertir su pensamiento
En la gustosa tarea
De la caza, y convidando
A sus parientes, se acercan
A un monte, y á pocos pasos
Descubrió el Conde una cierva
Que medrosa se retira,
Y Sigifredo se empeña
En seguirla hasta tanto
Que se amparó de una cueva
Adonde llevaba al Conde
La divina Providencia.
Desmontóse del caballo,
Para hallar con mas presteza
La cierva que perseguía,
Y muy cerca de la puerta
Divisa un bulto, y dudando
Si era hombre ó si era fiera,
Entre confuso y turbado,
Le preguntó que quién era;
Entonce anegada en llanto
Le respondió la Princesa:
—Soy una infeliz mujer,
A quien trajo á esta aspereza
El haber sido constante;
Y por excusar molestias,
Digo de una vez que soy
La infelice Genoveva.—
Apénas la escuchó el Conde,
Cuando postrado en la tierra,
La pide que le perdone,
Diciéndola: — ¡Oh gran Princesa!
Yo soy quien tiene la culpa,
Por creer con lijereza
Delitos donde no caben:
Perdóname, amada prenda,
Y á trueque de hallarte viva,
Cesen pasadas ofensas.—
Convocó á los compañeros
Y del caso les da cuenta.
Vinieron á la ciudad,
Y con suntuosas fiestas
Celebraron el hallazgo
Del infante y la Princesa.
Luego al punto manda el Conde
Que al mayordomo se prenda,
Y que atado á cuatro brutos,
Pague el infame la pena
De haber supuesto un delito

Contra tan santa Princesa:
Poco el gusto les duró;
Porque la mucha abstinencia
Que por casi siete años
Padeció esta gran Princesa,
La redujo á tal estado,
Que sin poder socorrerla
Llegó al trance de la muerte,
Porque es preciso que tengan
Su premio tantos trabajos
Y que goce gloria eterna.
Sintiólo en extremo el Conde,
Que fino amante quisiera
Morir también con su esposa,
Por no morir de pena.
Y viendo cuán poco dura
De este mundo la grandeza,
Se retiró con su hijo
A una religion austera,
Donde haciendo santa vida
Fuéron á gozar la eterna.
Esta es la admirable historia
De la trágica princesa
De Brabante, cuya vida
La santa romana Iglesia
Nos propone para ejemplo.
Pidamos que nos defienda
De traidores enemigos,
Y de tan nocivas lenguas.

(Santa Genoveva, etc. Pliego suelto.)

1511.

CÁRLOS Y LUCINDA. — I.
(Anónimo.)

Suene el clarín de la fama
Con sus canoros acentos,
Y por la region del aire
Esparza sus dulces ecos;
Oiga todo enamorado,
Atienda todo discreto,
Todo galan preste oídos,
Todo jóven esté atento,
Los que de finos se precian,
De amantes y caballeros,
Pues todos en esta historia
Bien pueden tomar ejemplo.
En la ciudad de Valencia,
Corte y emperio del reino
Valenciano, donde habitan
Tantas envidias de Venus,
Pues las damas que produce
Son de aquel Cupido ciego
Flechas doradas y aljaba
Con que logra sus trofeos;
En esta bella ciudad,
De Chipre jardin ameno,
Un caballero vivía
De los nobles de aquel reino,
Llamado Don Juan de Lara,
Que era rico por extremo,
Casado con Doña Ines
De los Rios y Acevedo,
Señora de muchas prendas
Y de grande entendimiento.
Tenian estos señores
Una hija, á quien el cielo
La dotó de tal belleza,
Que era su cara un lucero,
Y mas hermosa que el sol,
Que en su rostro amaneciendo
De la mañana la aurora
Quita las luces á Febo:
A esta llamaban Lucinda,
Que este nombre le pusieron,
Porque, como era tan linda,
Le viniese el nombre á pelo,
Pues por su rara hermosura

De todos era embeleso,
El hechizo de Valencia,
Y el alma de todo el reino.
De esta hermosísima dama
Se enamoró un caballero,
Que la adoraba rendido
Y la idolatraba tierno,
A quien llamaban Don Carlos
De Cardona, cuyo aliento,
Cuyos blasones y fama
Timbres á su nombre dieron.
Para casarse con ella
Solicitaba los medios
Convenientes para hablarla
Y tratar su casamiento.
Paseábale la calle
Con músicas y festejos,
Suspiros enamorados
Y amorosos galanteos.
Dos años gastó de amores,
Sin que su amoroso fuego
Llegase á emprender dichoso
En la ocasion sus incendios.
Una noche, en fin dichosa,
Cuando el nocturno Morfeo
A los sentidos suspende
El ejercicio supremo;
Cuando todos los mortales
Rinden el tributo al sueño,
Y cuando el ave canora
Suspende la voz y el vuelo,
Y entre las hojas del árbol
Busca defensas al tiempo,
Salió Lucinda á una reja,
Y el Adónis caballero
Allí le habló en sus amores,
Le declaró sus intentos,
Le dió palabra de esposo;
Ella la aceptó en efecto,
Y le dijo: — Señor mio,
Estimando como debo
El mucho amor que me tiene,
Cumplir la palabra ofrezco:
Usted me pida á mis padres.—
Don Carlos dijo contento:
—Luego al punto, sol hermoso,
Estoy pronto á obedeceros.—
Pidióla en fin á sus padres;
Pero ellos no se la dieron,
Porque era Don Carlos pobre,
Y es este borron muy feo,
Porque no valen noblezas
Si no hay corcellas dinero;
Y porque no se casara
La meten en un convento.
Don Carlos, sabiendo el caso,
Enfadado del suceso,
Dispone robar la dama,
Sacarla del monasterio,
Sin mirar que estos arrojos
Dios los castiga severo,
Y que puede ser que al fin
Lo pague para escarmiento
Con temporales castigos,
Cuando no sean eternos;
Y una noche, cuyas sombras
Ayudaron sus intentos,
Tomaron los dos amantes
Fuga en un bajel ligero,
Que alas le prestaba el aire
En el mar de sus deseos,
Cual á otro París troyano,
Que á Elena robó del griego.
Mas en medio d'este gozo,
De la noche en el silencio
Se levantó una tormenta
En aquel golfo soberbio,
Que las olas de Neptuno
Dan con la nave en el ciclo,

Porque, enojadas las ondas,
Ya bajando, ya subiendo,
Al azotado bajel
Descuadernaban los leños,
Y bramando el mar furioso,
Les quiso dar monumento
En sus quebrados cristales,
Como á Leandro y á Ero.
Hizose el bajel pedazos
A la furia de los vientos,
Y á la fuerza de las olas
El mar salió de su centro.
Fluctuando entre las aguas
Asidos á un frágil leño,
Sobre la fe de una tabla
Los dos amantes salieron,
De milagro, á las orillas
De dominios extranjeros,
Como monstruos de fortuna,
Pues de fortuna vivieron.
Besan la mojada arena,
Donde allí los dos se vieron,
Ella nereida del agua,
El triton del mar soberbio.
Después de aquesta tragedia,
Dándole gracias al cielo
De haberles de ella librado,
Llegan con gusto y contento
A Nápoles la famosa,
Donde se casaron luego,
Y en Himeneo gozaron
El logro de sus deseos.
De este matrimonio amado
Tuvieron un hijo bello,
A quien Julian le llamaron
En el bautismo supremo.
Criáronle santamente,
Con educacion y ejemplo;
Llegó á edad de quince años,
Dando á entender el mancebo,
En la lucha y en la caza,
El valor y el ardimiento.
Saliendo á cazar un dia
Por unos montes espesos,
En medio de una montaña
Contento divisó un ciervo,
Que veloz la penetraba
A competencia del viento:
Síguele con la escopeta,
Haciendo en matarle empeño;
Húyele el ciervo acosado,
Y el jóven le iba siguiendo,
Porfiando en el alcance,
Para matarle al momento;
Pero viéndose apretado
El bruto montaraz, luego
Paró su veloz carrera,
Se encaró con el mancebo;
Con voz humana le dice
Enojado y muy soberbio:
—Di, matador de tus padres,
¿Por qué me persigues fiero?
Apénas oyó sus voces,
Cuando se cayó en el suelo
Amortecido y sin habla,
¿No fué el caso para ménos!
Quedando como defunto
Entre el asombro y el miedo;
Que no hay humano valor
En casos tan estupendos.
Al cabo de mucho rato,
Ya cuando volvió en su acuerdo,
Hacia su casa camina
Triste, confuso y suspenso;
Pero viendo que habia sido
Aquello aviso del cielo
Sobrenatural, que Dios
Le envió con aquel ciervo,
Y que acaso ser podia

Pronóstico verdadero,
Para quitar la ocasion
Y excusar el sentimiento
De las muertes de sus padres,
A quien amaba en extremo,
Y huir aquella desdicha
Del vaticinio funesto,
Se ausentó secretamente,
Queriendo por este medio
Evitar aquel desastre
Cruel, terrible y sangriento.
En fin, salióse Julian
Por varios climas y reinos;
Anduvo muchas ciudades,
Visitó diversos pueblos
Fugitivo aun de sí mismo,
Siempre en su memoria el ciervo.
Pasó diversas fortunas,
Sufrió trabajos inmensos
Y necesidades muchas,
Como pobre forastero,
Que por muchas no las digo,
Y por largas no las cuento.
Y los padres de Julian,
Cuando el hijo echaron ménos,
Y que no sabían de él
Por diligencias que hicieron,
Con el dolor y la pena
Alzan las manos al cielo,
Y con suspiros y llanto
A Dios le piden consuelo.
Fué tanta su amante pena,
Y fué tal el sentimiento,
Que partieron á buscarle,
Abandonando sus fueros,
Su casa, caudal y hacienda:
¡Tanto es el amor paterno!
Caminaron varios climas,
Muchos reinos anduvieron
Vestidos de peregrinos,
Que aqueste traje eligieron,
En busca de su hijo amado,
Que ya le juzgaban muerto,
Porque ignoraban la causa
Y de su fuga el secreto.
Mas viendo que no le hallan,
Crecían sus desconsuelos,
Sin poder hallar alivio
Ni en su mismo tormento.
Dejemos en este estado
Este caso verdadero,
Que en el segundo romance
Se dirá de este suceso
Lo que falta, que es muy largo,
no es para medio pliego.

(Carlos y Lucinda, Pliego suelto.)

* La leyenda devota de la vida de San Julian, de Cuenca, está contenida en los dos romances que tratan de la historia de Carlos y Lucinda, la cual ha servido de asunto á un drama de Lope de Vega.

1312.

CÁRLOS Y LUCINDA. — II.

(Anónimo.)

En el pasado romance
Ya dije cómo salieron
Los padres de Julian
A buscarle; que anduvieron
Bascándolo por el mundo
Con trabajo y desconsuelo.
Ahora sigo la historia
Y prosigo los sucesos
De Julian, que fueron tantos,
Que no es fácil de creerlos.
Salió este mancebo heroico
Llevando su pensamiento

A España, donde llegó,
Como referido dejo,
De Nápoles la famosa.
Entró á servir al Rey nuestro
En la guerra de Aragon,
Donde mostró sus alientos:
Hizo hazañas memorables,
Hizo muy famosos hechos
Venciendo muchas batallas,
Grandes soldados rindiendo:
Le ganó muchas ciudades,
Le sujetó muchos pueblos,
Siendo su acero luciente
De los enemigos miedo,
El terror de los rebeldes,
Y asombro del universo.
Viendo el Rey estas hazañas,
Premió sus nobles alientos,
Y su general le hizo
Honrándole con tal puesto;
Y cuando supo quién era
Y su noble nacimiento,
Con una ilustre señora
Lo casó luego al momento,
Que Margarita se llama,
Cuyo divino sugeto
Supo unir lo soberano
Con lo hermoso y con lo regio.
Vivia el gallardo mozo
Muy gustoso y muy contento
Con su perla Margarita,
Joya de subido precio,
Dejando rumbos de Marte
Por las delicias de Venus.
Muy olvidado vivía
Julian, aun de sí mismo
Y de aquel pasado lance
Del pronóstico del ciervo,
Como en el primer romance
Ya referido lo dejo.
Mas sus padres lo buscaban
Por países extranjeros,
Por Roma, Milan y otras
Provincias y varios reinos.
Con joyas y con riquezas,
Con alhajas y dinero,
Se embarcaron para España,
En su busca y seguimiento;
Y despues de haber andado
De España el ámbito excelso,
Una tenebrosa noche,
Que arrojó rayos el cielo
En una grande tormenta
De relámpagos y truenos,
Como que ya adivinaba
Su trágico fin funesto,
Llegaron Lucinda y Carlos
A un palacio muy supremo
Que en una aldea tenia
Julian para su recreo,
Donde á la sazón estaba
Gozando de amor trofeos
Con su hermosa Margarita,
Mucho mas bella que Venus.
Había salido á caza,
Que era su divertimento,
Y se quedó Margarita
Con el acompañamiento
De criados, retirada
Mientras venía su dueño.
Llegaron dos peregrinos
A sus puertas á este tiempo;
Eran de Julian los padres,
Los cuales le refirieron
A la hermosa Margarita
Sus fracasos y sucesos,
Y diéronse á conocer,
Diciendo cómo eran ellos
De su marido los padres,

Que le buscan con deseo
De verle, por cuya causa
De aquella suerte vinieron.
Cuando entendió Margarita
Quién eran los extranjeros,
Que eran de su esposo padres,
Con gran placer y contento
Los hospedó cariñosa,
Haciéndoles mil cortejos.
Allí le cuentan la causa
Del viaje por extenso,
Haciéndole relacion
De lo que en él padecieron,
Los trabajos y pesares,
Las penas y los tormentos,
Los mares y las borrascas,
Sustos, peligros y riesgos;
Y la hermosa Margarita
Suspensa lo estaba oyendo,
Muy admirada del caso
Que le estaba sucediendo.
Y despues de haber cenado
Con el aparato regio
Que á los tres pertenecía,
Con placer y con consuelo,
Con lágrimas de alegría,
Cuando era hora que el sueño,
Que es pension de los mortales,
Les diese el descanso quieto,
Los llevó á su mesma estancia,
Y á los dos les da su lecho
Adornado de brocados,
Joyas, galas y aderezos.
Ya que los dejó acostados,
Cuando ya iba amaneciendo,
Salió á la misa del alba
Cuando el alba iba rompiendo,
Porque quiso Margarita
Al alba darle un encuentro
Y un choque con su hermosura,
Cara á cara, y cuerpo á cuerpo,
Luz á luz y rayo á rayo,
Que podía bien hacerlo.
A este tiempo Julian vino,
Cuando de Apolo el lucero
Rayaba neutrales luces
En la lámpara de Febo,
Cuando el tierno pajarillo
Empieza á entonar gorjeos,
Y sacudiendo sus plumas,
Desperzándose hueco
Sobre la verde ramilla
De los chopos y los fresnos,
A vista de su consorte
Del pico afila el extremo.
Entró Julian en su cuarto
Descuidado del suceso;
Se fué acercando á su cama
Para dar descanso al cuerpo
Del cansancio de la caza,
Imágen de sus alientos.
Corrió la hermosa cortina
Adonde estaban durmiendo
Sus dos padres recogidos,
Pagando el natural feudo;
Y cuando vido Julian
Hombre y mujer en su lecho,
Estatua de mármol frio
Se quedó de luego á luego,
Juzgando que era su esposa
Que cometía adulterio.
Colérico y enojado
Como leon carnicero
Que despedaza celoso
Chopos, peñascos y leños,
Siendo sus agudas garras
Los cuchillos mas sangrientos,
Con encendido coraje,
Echando sus ojos fuego,

El corazon palpitante
Que le salía del pecho,
Pálido el rabioso rostro,
Arrancó un puñal violento,
Y les dió de puñaladas,
Dejándolos allí muertos,
Revolcándose en su sangre:
¡Téngalos Dios en el cielo!
Vino despues Margarita,
Y viendo el estrago fiero,
Le dice: — Esposo del alma,
¿Qué estrago es este que has hecho?
Sabe que has muerto á tus padres,
Pues tus padres eran estos
Que aquí llegaron anoche
En tu busca y seguimiento,
En traje de peregrinos,
Y yo les metí aquí dentro,
Hospedándolos en casa.—
Y en fin, le contó el suceso
Y todo lo que pasó;
Y él, atónito y suspenso,
Pasmado de aquel acaso,
Arrepentido del hecho,
Viendo á su esposa inocente
Que fué causa de su yerro,
Aunque ella no tuvo culpa
Del lamentable suceso,
Se acordó lloroso y triste
De lo que le dijo el ciervo
Cuando lo siguió en la caza,
Haciendo en matarle empeño.
Llora, suspira y lamenta,
Los ojos levanta al cielo,
Pidiendo misericordia
Con voces y con lamentos:
El corazon se le arranca
De dolor y sentimiento,
Que de puro dolorido
Daba saltos en el pecho.
Pide que un rayo le abraze,
Que le consuma su incendio,
Convirtiéndole en ceniza,
Para servir de escarmiento
Para los siglos futuros
A los parricidas fieros.
En fin, fué tanta la pena,
El dolor y desconsuelo
De Julian y de su esposa,
Que al instante se partieron
A Roma, á que los absuelva
El Pontífice supremo.
En traje de peregrinos,
Y con los vestidos mismos
De sus dos difuntos padres,
Toman el camino luego.
Confesaron su pecado
Con el sucesor de Pedro,
Quien les dió la absolucion
De su llorado defecto.
En un hospital se meten
Para servir de enfermeros
A los pobres de la casa:
La caridad ejerciendo
Asistian vigilantes
A todos los ministerios
De piedad, que se ofrecían
Allí, á los pobres enfermos.
Pasaron pues muchos años
Ejercitados en esto,
Practicando las virtudes
Sin querer ser descubiertos,
Y allí acabaron su vida,
Pagando el debido feudo
Al Autor de lo criado
Y Señor del universo:
Y con opinion muy santa
De aquesta vida salieron,
Dejando con sus virtudes,

Para imitarlas ejemplo,
Pues allí fueron los dos
Flores del jardín ameno
De la gracia, pues con ella
Dios premió su santo celo.
En la muerte de los dos
Mil maravillas se vieron,
Porque es muy grande el Señor
En favorecer sus siervos.
Y este romance se escribe
Porque es caso verdadero,
Y dé noticia á los hombres,
Para que tomen ejemplo,
Teman á Dios y le pidan
Que nos dé su santo reino.

(Carlos y Lucinda, Pliego suelto.)

1313.

LA PRINCESA DE TINACRIA.

(Anónimo.)

Resuenen multiplicados
Los clarines de la fama,
Y los ecos de sus voces,
Repartidos por las vagas
Regiones de los dos orbes,
Publiquen en sus distancias
El mas estupendo caso,
Que á referirlo no bastan
Los acentos de mi lengua.
Vos, Madre, llena de gracia,
Dad á mi lengua soltura
Y á mis voces eficacia.
En Sicilia, gran provincia
De las que encierra la Italia,
Nació Dionisia, princesa
Heredera de Tinacria.
Logró del cielo en lo hermoso
Las perfecciones sin tasa;
Logrólas todas, pues era
Linda, sin querer ser dama,
Tratable, mas que cualquiera,
Como sin igual, humana,
Discreta, como ninguna,
Mas que la mejor, gallarda,
Y el todo, como ella sola,
Pues en ella sola hallaba
La verdad, cuanto en las otras
Fingen las lisonjas vanas.
Voló de sus bellas prendas
Por las provincias la fama;
La pidieron por esposa
Cuatro principes de Italia,
En quienes solo lucia
Una prenda con ventajas.
Al primero ennoblecia
Su real sangre; adornaban
Al segundo las riquezas;
Al tercero la bizarra
Gentileza de su cuerpo;
El cuarto se señalaba
En muy cristianas virtudes:
Por esto á Dionisia agrada,
Y escoge pues para esposo
A Alberto, que así se llama.
Este, amante de la Virgen,
Por voto especial, rezaba
Cada dia su rosario,
Con estas dos circunstancias:
Que ha de ser á media noche,
De rodillas á las aras
De la purísima Madre.
Sucedió pues, que llegada
La noche de desposorios,
Junto al tálamo ya estaban
Para gozar los consortes
De su compañía casta.
Suenan las doce, y Alberto,

Muy ajeno de inconstancia,
De la obligacion se acuerda
Que á Maria profesaba:
Su devocion á Maria
No le permite olvidarla;
Por otra parte, el afecto
De su esposa le arrebató.
Veició el amor de la Virgen,
Dejó las delicias blandas
De Dionisia, á quien pidió
Con muy suaves palabras
Por una hora ausentarse
A un negocio de importancia
Que le ha ocurrido, y no puede
Dilatarlo á la mañana.
Alcanzada la licencia,
A una ermita retirada
De su palacio salió,
Donde con perseverancia
Rezó el rosario, y volvióse
Con mucho gusto á su casa.
Aquí preguntó su esposa,
Qué negocio fatigaba
Sus cuidados á deshoras:
El con blandura y con maña
Responde, sin descubrirle
De su salida la causa.
Lo que hizo en la primera,
Hizo Alberto sin mudanza
En todas las demas noches,
Hasta que sospechas falsas
En Dionisia se engendraron,
Y de los celos tocada
Juzgó que en otros amores
Traidor su esposo trataba.
Las continuadas salidas
En hora tan excusada,
Ocultándole el motivo,
Le hacen cierta su desgracia.
Contra sí misma se queja,
Contra sí sola reclama,
Pues contra el sentir de tantos
Escogió su misma infamia
Casándose con Alberto.
Determina pues borrarla
Con su misma sangre y vida,
Tomando de sí venganza,
Y ocultamente procura
Llevar á efecto su traza.
Al tálamo de su esposo
Entró la noche inmediata,
Y despidiendo suspiros,
Le habló con quejas amargas:
—¡Ah traidor, dice, inhumano!
¿Así, hipócrita, me engañas?
¿Te escogí por virtuoso,
Cuando el vicio en tí reinaba?
¿Por quién me dejas, ingrato?
¿Quién tu voluntad arrastra?
Si la hermosura te vence,
Si las riquezas te halagan,
Si discrecion te cautiva,
Si te enamora la gracia,
Si la nobleza y estados
Soplan de tu amor las llamas,
¿Por quién me dejas, traidor,
Pues me conoces dotada
Por naturaleza en esas
Prendas de tí deseadas?
Yo mi desdicha lamento,
Lloro mi fortuna ingrata,
Yo sola quise mi daño,
Yo sola fui la engañada;
¿Pues yo sola tuve culpa,
Yo sola daré la paga!—
Dijo, y sacando un puñal
Escondido en la almohada,
Se hirió su triste pecho
Con mortales puñaladas.

No pudo impedirlo Alberto,
Que á grandes voces exclama:
—¡Ay Dionisia, ay mi Dionisia!
¡Ay mi dulce prenda amada,
No te prives de la vida;
Detente, Dionisia, aguarda!—
De las manos el puñal,
Pero tarde, le arrebató:
Enciende luz, ¡ay dolor!
Halla á su esposa bañada
En corrientes de su sangre,
Para despedir el alma
Por muchas sangrientas bocas.
Con ella Alberto se abraza,
Repitiéndole su nombre:
Lumbreras amortiguadas,
Vuelve los ojos Dionisia;
Mas la muerte ya cercana
Se los cierra al punto, dando
Las últimas boqueadas.
¿Qué lengua podrá explicar
Del triste Alberto las ansias?
Le atravesó el corazon
De dos filos una espada,
Al ver su querida prenda
Que fin á su aliento daba.
Luchaba en esta congoja
Cuando suena la campana
Del reloj, que con sus golpes
La media noche señala.
¡Oh fidelidad constante
A la Reina inmaculada!
En este raro suceso,
Bien que el dolor lo excusaba,
La devocion del rosario
No quiso Alberto dejarla,
Siendo en lo adverso no menos
Que en lo feliz su constancia.
Cubrió el funesto cadáver
Con la ropa de la cama,
Y despues, cerrando el cuarto,
A la capilla sagrada
De la Emperatriz del cielo,
Se refirió, dando larga
A los suspiros y quejas.
Aquí, rodillas postradas,
Desahogó así su dolor:
—Si vos, Virgen sacrosanta,
Dijo con sentidas voces,
Si vos, azucena blanca,
No fuéades tan hermosa,
Tan bella y tan agraciada,
Ni mi amor en vos pusiera,
Ni en vuestro amor me empeñara;
Pero ¿qué mucho que yo
Entregase toda el alma
A vuestra beldad divina,
Si la deidad increada,
Enamorada de vos,
Se ocultó en vuestras entrañas?
No siendo culpa el amaros,
Ocasión esta desgracia
El amor que he profesado
A vuestra beldad sin mancha.
El levantarme á deshoras,
Para servirlos sin falta,
Quitó la vida á Dionisia
Por sospechas temerarias.
De vos, Virgen, tuvo celos,
A vos mi celo demanda,
En vos consiste el alivio
Del que siempre fiel os ama.—
Así dice, y sin poder
Resistirse, en la pegna
Del altar se rindió al sueño:
Su alma fué arrebatada
Al trono de la justicia,
Donde preside la sacra
Majestad de Jesucristo,

Con el semblante que espanta.
Vió Alberto que los demonios
Traian con algazara
El alma de su Dionisia,
Y presente el Juez, la cargan,
Ante el tribunal supremo,
De que con su mano osada
Se quitó su propia vida:
Por buen testigo en la causa
Citan á su mismo esposo,
Que en el juicio se hallaba.
No pudo dar el descargo
Dionisia, en cosa tan clara;
Entonces el triste Alberto
Invocó á la Virgen santa,
Pues su esposa pareció
Ya para ser condenada.
Dejóse ver entre luces
La dulcísima Abogada,
Y desterró á los demonios
A sus tóbregas estancias,
Quedando libre Dionisia
De sus infernales garras.
Luego intercedió piadosa,
Y de rodillas postrada
Ante su divino Hijo,
Al que piedad imploraba
Para que tuviese tiempo
Dionisia, resucitada,
De borrar con penitencia
De su delito la mancha.
Levantó el Hijo á la Madre,
A cuyas tiernas instancias
No pudo negarse, y dijo:
—Reina y Madre muy amada,
En vuestras manos teneis
Cuanto mi poder alcanza.—
Agradecida la Virgen,
Volvió agradable la cara
Hacia su devoto Alberto
Que á sus espaldas estaba,
Diciéndole que su esposa
Lograria restaurada,
No solamente la vida,
Sino es aun tambien la gracia;
Que este milagro publiquen
Por los estados que mandan,
Para que á todos constase
Que á sus devotos ampara.
Despertó del sueño Alberto,
Y juzgólo imaginaria
Vision de la fantasia;
No obstante se fué á la sala
Donde dejó el cuerpo muerto;
Mas ¡oh maravilla rara!
Encontró viva á Dionisia,
La que se arrojó á sus plantas.
—Yo soy, dijo, pecadora;
Vos sois, esposo, la tabla
En que escapé del naufragio
E infierno que me esperaba;
A vos os debo la vida,
Por vos Maria me salva;
Perdonadme ya los celos
Nacidos de mi ignorancia,
Y entre los dos publiquemos
Esta maravilla extraña,
Para dilatar en todos
La devocion Mariana.—
Gozoso Alberto, convoca
La nobleza siciliana
En espléndido convite,
Y les da cuenta muy larga
Del prodigio sucedido,
Con que á la Virgen exalta.
Despues les muestra Dionisia
El pecho con encarnadas
Señales de las heridas
Que la verdad confirmaban.